

# LA EDUCANDA,

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.

Año I.

Domingo 1.º de Diciembre de 1861.

Núm. 23.

## CONSIDERACIONES GENERALES

SOBRE LA APTITUD DE LA MUGER PARA ALGUNAS PROFESIONES.

A medida que la inteligencia de la muger se enriquece por una educacion general y tiende á satisfacer las exigencias de esta época eminentemente civilizadora, ensancha la esfera en que desenvuelve su aptitud, y de un punto concreto á que se hallaba reducida, se extiende por ondulaciones sucesivas á lo que no há mucho estaba fuera de su dominio. A la vida de la muger preside un conjunto de maravillosas relaciones que ligán todos sus actos á los del hombre, á quien sirve de cuidadoso auxiliar y dulce compañera en la obra de los destinos humanos; y merced á los progresos del espíritu, se hacen cada dia mas visibles la fuerza y eficacia de estas relaciones en los pueblos civilizados, modificando ese estado de imperfeccion en que el hombre ha luchado por tantos siglos, para llegar por sí propio á un fin para el que fuerza le es confesar su impotencia. Los destinos de la humanidad no han sido confiados solo á una de sus mitades, preciso es que ambas concurren á su realizacion tal como conviene á su naturaleza. En la condicion esencial de ambos sexos hay puntos de innegable identidad, semejanza y diferencia que caracterizan á la vez la especie, el sexo y hasta el individuo; y de esta base natural procede sin duda alguna la aptitud igual, semejante y distinta, que marca perfectamente la aplicacion de su actividad á objetos que les son comunes, armónicos y dife-

rentes. De aquí el que el hombre y la muger concurren y comparten deberes y trabajos que les son comunes, se auxilien y cooperen en los que, relacionados íntimamente, dependen unos de otros, y cumplan, por último, aquellos que son á cada uno tan propios y peculiares, que en vano se hacen los mayores esfuerzos para compartirlos, conmutarlos ó suplirlos, segun las circunstancias.

La naturaleza física, base y asiento de nuestra condicion intelectual y moral, en cuya mayor ó menor excelencia tiene una parte directa por la perfeccion ó imperfeccion de los medios que las ofrece en sus órganos, nos presenta un ejemplo claro y palmario de tan evidentes principios. La organizacion de la muger corrobora la existencia de las identidades, semejantes y diferentes, de que hemos hablado en las funciones naturales y sociales que dependientes de ella la vemos desempeñar; y á la manera que esto acontece en el orden físico, no puede menos de verificarse en el intelectual y moral, por el enlace íntimo que guardan los tres, tanto en el individuo como en la especie. Este es el punto de partida para el asunto que forma el objeto de nuestro artículo, mas interesante aun de lo que á primera vista parece.

La muger, esclava ó compañera del hombre, segun las épocas y tendencias que se han marcado en la vida de las naciones, viene auxiliando los trabajos de este, prestándole un apoyo y cooperacion eficaz en todas sus empresas, aliviando sus fatigas hasta el punto de sufrir las mas duras penalidades. Toma parte



en muchas operaciones de las diferentes industrias, artes y profesiones del hombre, desde las mas minuciosas y delicadas, que son las mas conformes á su organizacion, hasta las mas rudas y fatigosas, que parecen insoportables á su debilidad física, y las sobrelleva, sin embargo, con la superioridad de su espíritu, capaz de los mas heróicos esfuerzos. En este concepto, la muger ha representado siempre un brillante papel en todas las épocas y todos los pueblos, aun los de una civilizacion ruda é imperfecta, añadiendo á sus timbres el de una resignacion sin igual; porque señora ó esclava, ha obedecido ciegamente al espíritu de las leyes y costumbres que reducian su vida á un círculo del que no podia salir sin peligro. Compañera del hombre, respeta su superioridad, subordina todos los actos á su voluntad, se somete á sus mandatos, y se sacrifica gustosa en aras de un sentimiento elevado que le demanda, sobre todo, el bien y la felicidad de la familia. Pero otro, bien distinto por cierto, es el carácter de la muger en la época actual, por mas que conserve en parte el de auxiliar del hombre en los trabajos y vicisitudes de la vida, y se halle como proscriba de la representacion social que como mitad del género humano se han atrevido algunos á reclamar en su nombre. La dignidad de la muger, no solo se alza hasta la del hombre en la consideracion pública, sino que ya en las clases elevadas de los pueblos civilizados se sobrepone á ella rodeada de una aureola de respeto que la guarda hasta el mas ignorante. Esta exageracion en la dignidad de la muger, aparte de los inconvenientes que tiene, lleva en sí el principio de que su voluntad conquiste toda la independendencia que merece, y por ella la libertad que la imponga una responsabilidad moral, saludable, á la cual sea consiguiente el exacto cumplimiento de sus dulces y sagrados deberes y el pleno goce de sus derechos. Al tomar hoy parte en los actos y funciones sociales, que mas que á la vida pública se encaminan á contribuir á la satisfaccion de necesidades muy importantes á veces, ejerce

profesiones, cultiva oficios y artes en que aparece como productora de una riqueza inextinguible que el espíritu de la época tiende á difundir y aumentar. Es un hecho que ella ha concurrido y concurre á la produccion agrícola, ya llevando la importante direccion de la casa de labranza, ya cooperando con su trabajo á operaciones secundarias en la recoleccion de frutos, ya desempeñando por sí misma alguna de las penosas labores del campo. La industria viene encomendándola casi desde su origen multitud de operaciones á que el hombre permanece siempre extraño; y la pintura, la música, la poesía y aun las ciencias la han permitido conquistar con sus obras los laureles del genio y del talento. La muger, pues, se ha mostrado apta para muchos estudios, profesiones, artes, industrias y oficios, haciendo conocer, que, aun en aquellas que por sus dificultades se han creido privativas del hombre, es capaz de reemplazarle dignamente. Pero la sociedad, mas atenta á sus antiguos hábitos, á las conveniencias de su presente, y quizás á miras interesadas sobre el porvenir, mantiene encerrada en una esfera reducida la actividad de la muger.

Excluida, por decirlo así, de la vida política y civil de los Estados, la son hoy extraños todos cuantos estudios, ejercicios y profesiones tienen con ella una relacion directa, dejándola en compensacion la autoridad casi completa de la familia, el gobierno de la casa y cuanto en ella viene á constituir el bienestar y felicidad interior del hogar doméstico. Tambien la sociedad la reserva, ó mas bien no puede prescindir completamente de la muger, para ciertas profesiones y oficios que, por las diferencias que hemos dicho antes existen en la condicion esencial de cada sexo, serian hasta ridiculas en el hombre, ó no darian los resultados apetecibles. Así la vemos dirigir y aun ocupar por completo los talleres de ciertas industrias y producir objetos de una perfeccion á que no llegará tan fácilmente el hombre, al propio tiempo que tomando una parte muy principal en la educacion y ense-



ñanza pública, dá á este modesto sacerdocio un carácter de elevacion y dulzura, cuyos frutos están reservados á un mediato porvenir. ¡Sí! la muger, llamada por las leyes en los pueblos mas cultos del mundo, y adornada con títulos honrosos de capacidad, entra en las funciones públicas del mas humilde, pero el mas difícil profesorado, que es el de la edad primera; y no se limita ya á no traspasar la línea que parece marcarle su sexo, enseñando como por una necesidad dolorosa, que el respeto y las conveniencias imponen á las niñas en su infancia; sino que excluyendo en algunos casos al hombre de la educacion de ambos sexos, ó alternando con él, como en la enseñanza de párvulos, generaliza, por decirlo así, sus oficios de madre, los ejerce directamente sobre la sociedad, y muestra á las generaciones venideras parte de los rasgos característicos de su condicion y de su destino. ¡Importante es el papel de la muger en este caso, aunque no aparece hoy mas que en embrion á nuestros ojos! ¡Delicado es su desempeño, y mas aun el desarrollo que ha de recibir, como el primero con que se presenta á la sociedad en funciones públicas! De su parte son necesarias dotes y sacrificios que hemos de tomar en cuenta, y la pedimos que procure hacerse cada dia mas digna de este destino, que procuraremos darle á conocer bajo aspecto enteramente nuevo, que él es la prenda mas segura de sus ulteriores conquistas.

L. R. Y P.

## SOBRE LA EDUCACION DE LOS COLEGIOS.

(Contestacion á la consulta de una madre de familia.)

(Conclusion.)

Sin duda que es un mérito saber proporcionar algunos ratos de solaz y entretenimiento á los demás: una hermosa voz, y habilidad para el canto ó para tocar un instrumento, aseguran á una muger los medios de hacerse desear en sociedad; y si sabe usarlos con regularidad, y no hacer de los aplausos que ob-

tenga, el único ó principal objeto de su existencia, podrán hacerle mas grata la vida, sin menoscabo de su consideracion personal; pero nunca será esto lo que se la dará. La consideracion, en lo que se llama gran mundo, amiga mia, depende sobre todo de la clase de relaciones que sostenemos. Una grande habilidad no es suficiente para obtener una consideracion con que poder honrarse particularmente. Los placeres que proporciona y el entusiasmo que inspira, están al alcance de todo el mundo, y no serán un gran elemento sino para quien no tenga otro. Ninguna muger excitará un entusiasmo tan vivo y universal como una actriz ó cantatriz en el teatro. Supongamos que la regularidad de sus costumbres, su carácter y talento distinguidos, le aseguren una consideracion que difícilmente puede conservar una muger en un ejercicio que la entrega diariamente á las miradas del público; en este caso, no la deberia á las personas que atrae hácia ella su talento, sino á las que, interesadas por otras cualidades, buscan en ella otra cosa que no es la actriz.

Lo mismo se puede decir de las habilidades que se lucen en sociedad. Durante un concierto, el hombre formal y el hombre frívolo gozan; pero despues, este cifrará su gusto y su amor propio en acercarse á la muger que la multitud admira; y el otro nada le exigirá ya, ni permanecerá mas relacionado con ella que con el instrumento en que produjo sonidos ó la pieza que cantó. No niego que, con excepcion de los hombres de mérito, pueda verse rodeada de un numeroso cortejo; pero el prestigio que la dé no será consideracion, y la hará notar, no distinguir.

La muger distinguida es aquella á quien sus ideas, sentimientos y hábitos, ponen al nivel de todo, á lo menos por su facultad de comprender y de interesarse. Si es jóven, no dejará de tomar parte en los recreos propios de su edad; y si no lo es, aceptará el grado de frivolidad necesario para no quedarse extraña á la sociedad en que debe vivir. No irá



á hacer de un baile el teatro de una conversacion moral ó literaria; pero en medio de la charla bulliciosa de un salon, se reconocerá en ella lo que puede ofrecer como asuntos de conversaciones mas interesantes, y lo que hace apetecible el tratarla con mayor estrechez; se dará valor á su voto, se deseará su estimacion, y las inteligencias superiores á la suya se complacerán en comunicarse con la que sabrá comprenderlas.

La educacion mas propia para formar en una muger este género de mérito no exige, de parte de la educadora, conocimientos muy extensos; y por consiguiente no es necesario recibirla en un colegio: está al alcance de toda madre capaz de comunicar á su hija la nobleza del alma, una razon ejercitada, inclinacion á las ideas elevadas, y sobre todo la seriedad de espíritu que hace mirar con atencion las cosas importantes y con respeto las graves. Nada mas característico de una educacion vulgar, que el frívolo desprecio con que cierto grado de ignorancia acoge lo que está por encima de ella, y la profunda indiferencia de los que nada saben, ni han pensado en nada, hácia todo lo que merece la pena de ser aprendido y meditado.

Confieso que es necesario algun hábito de reflexion á cualquiera que desee poder dirigir su inteligencia y su interés hácia las cosas extrañas á los cuidados ordinarios de la vida. Para ejercitar nuestra inteligencia fuera del círculo de estos cuidados cuotidianos, necesitamos acostumbrarla á contemplar objetos que nos sean algo menos personales y que se presenten menos naturalmente á nuestra atencion. Su amable hija de usted ha estado limitada hasta ahora á ocupaciones mas propias para llenar su vida, que para ejercitar la actividad de su inteligencia; y el inocente placer que en esto experimenta, tendria ciertos inconvenientes, si le impidiese aprender á sacar por sí misma todo lo que en ello puede encontrar. Nadie mejor que usted, mi buena amiga, sabrá desarrollar las excelentes facultades de su Elisa: los cuidados de usted han

dado ya al juicio de ella mas rectitud, y á sus sentimientos mas delicadeza que la que se suele tener á su edad; pero sus ideas solo le han llegado, hasta ahora, de un pequeño número de objetos. Me parece que convendrá excitar y extender el movimiento de su inteligencia, por medio de lecturas que le enseñen que existen algunas otras cosas además de usted, sus tierras y los amigos de Estremera, y le den cierto conocimiento sobre el resto del universo, que ella de buena voluntad consentiria quedarse ignorando en el feliz rincón en que se halla. La lectura de algunos buenos libros, aunque no de conocimientos muy profundos sobre los objetos de que tratan, tiene al menos la ventaja de acostumbrar la inteligencia á ocuparse con interés en cosas extrañas á nuestros asuntos personales: hábito útil á la exactitud de las ideas, y aun á la justificacion del carácter. Una persona cuya inteligencia nunca se ha ocupado sino en lo que le concierne, está bastante dispuesta á no considerar otra cosa: usted sabe hasta qué punto es difícil hacer comprender á la gente del pueblo lo que no atañe á sus intereses. Esta dificultad se agrava tanto mas, cuanto mayor es la ignorancia, y no solo dimana de que no saben nada, sino tambien, y sobre todo, de que solo piensan en lo que les interesa personalmente. Aprendiendo á ejercitar nuestro juicio sobre objetos extraños, adquirimos la facultad y contraemos el hábito de considerar las cosas en sí mismas, y no exclusivamente con relacion á nuestra personalidad. La instruccion preserva generalmente de la pequeñez de espíritu, que consiste en dar una grande importancia á cosas de poco valor; nos enseña á juzgar sanamente por medio de la comparacion, y cuanto mas se ensancha el círculo de nuestros pensamientos, menos disposicion tenemos para mirar como un gran negocio lo que nos toca.

Sin alcanzar una grande instruccion, su Elisa de usted puede adquirir, por medio de la lectura, conocimientos y hábitos capaces



de aumentar mucho la libertad de su juicio, y al mismo tiempo la elevacion de su carácter. La aficion á la lectura la preservará del vacío y de la languidez del alma, que tanto peligro ofrecen en la juventud: vale mucho encontrar fuera de nosotras un interés inocente al cual podamos recurrir en los momentos en que, sin interés por nosotras mismas, arrastramos penosamente el peso de la existencia, y en que podríamos lanzarnos, con demasiada avidez, á la primera distraccion capaz de ayudarnos á soportarlo. La lectura restablece el equilibrio entre nuestras facultades y necesidades: dando movimiento al espíritu, aligera el peso de la vida, que nunca es grave sino porque no sabemos llevarlo: es raro que la imaginacion no salga activa y serena de una lectura comenzada con pereza.

Este efecto, sin embargo, lo producen solamente las lecturas serias: la ocupacion mas insignificante, por lo mismo que es ocupacion y nos obliga á ejercitar algo nuestra actividad, me parece preferible á la lectura de las novelas. Y no es porque yo crea que esta especie de lectura tiene precisamente para las jóvenes el peligro que generalmente se teme: cada una de ellas se ha compuesto, de ordinario, su propia novela, en la cual sueña con mucho mas placer que en la mas interesante de cuantas ha leído; pero estos ensueños y lecturas no carecen de inconvenientes para la razon, porque cuando no la debilitan la extravían. Nuestra atencion, solicitada, atraída por una ficcion que nos recrea, se entrega al movimiento que recibe de fuera, y que cesa tan luego como le falta el impulso exterior: no hay persona que no haya sentido aumentada su predisposicion al hastío y á la inercia por este género de ocupacion; y un espíritu alimentado por la lectura de las novelas, seria como un niño que llevado siempre en brazos no supiese andar.

Creo que importa mucho preservar de esto á su Elisa de usted, porque no estando todavía formada su aficion á la lectura, si empezase por las novelas le seria luego imposible tomar con gusto una obra seria.

No dudo que las lecturas en presencia de usted, que sabrá comunicar á Elisa reflexiones que provocarán las suyas, han de llegar á ser muy pronto una de sus mas gratas ocupaciones, sobre todo si usted misma se toma con frecuencia el trabajo de leerle, y hace de este ejercicio una tarea agregada á la labor de mano, á que tan aficionada es ella, y no un estudio formal.

Hay una especie de libros que Elisa leerá con gusto: los de Historia natural, y especialmente de Botánica, lo que se ha escrito sobre las abejas, sobre los cuidados que requieren las colmenas, etc., tendrán para ella el interés que se experimenta siempre en encontrar aclarados y clasificados los hechos conocidos. La ciencia dá vida y alma á las cosas, porque enseña á reflexionar sobre lo que hasta entonces no habia hecho mas que ocupar las miradas.

Asociada, cuanto permiten sus pocos años, para hacer con usted obras de caridad, Elisa conoce y ama á los pobres; su sensibilidad nunca tarda en mostrarse advertida por el espectáculo de la miseria, cuyos pormenores no le son extraños; y su inteligencia, dirigida por usted, se ha empleado en combinar los medios de socorrer las necesidades. No faltan libros que traten de los medios de ejercitar la caridad privadamente y en establecimientos públicos, como los hospitales, las cárceles, las escuelas, etc.: su lectura puede formar el buen discernimiento necesario para ejecutar estas obras.

Supongo, amiga mia, que, dueña absoluta del porvenir de su Elisa, le daría usted semejante direccion, preparándole la existencia mas digna de la ambicion de una muger; mas para criaturas débiles y dependientes como somos las mugeres, obligadas á esperar la felicidad que nos venga á encontrar, sin que nos sea permitido ir á buscarla y elegirla, toda direccion especial, dada de antemano, puede tener sus peligros. Por eso la especie de lectura que he indicado á usted, solo tiene por objeto despertar gradualmente en su Eli-



sa la afición á las ocupaciones de la inteligencia, que, cualquiera que sea la situación en que se halle, le ennoblecerán su vida, le calmarán sus penas, ó serán uno de los principales elementos de su felicidad.

J. M. DE T.

### ALGUNAS DE LAS FALTAS

QUE SE DEBEN EVITAR EN LA CONVERSACION.

Evitad toda polémica sobre política.

Aunque tengais mil veces razón, ceded de muy buena voluntad cuando veais que una discusión se hace irritante y puede degenerar en querellas que destruyen en los corazones la dulce benevolencia que deben tener los unos para los otros.

Hablar de política delante de señoras, es probar que se carece á la vez de tacto y cortesía.

Solo las personas necias sostienen obstinadamente su opinión.

Pero aun es mas necia la que dice: «Si yo fuese ministro, si yo fuese gobierno, haria esto, haria aquello, etc.»

Siempre que oigo esto, me acuerdo de Juanillo el pastor, que decia: «Si yo fuese rey, no iria á guardar mis vacas sino á caballo.»

Toda persona de buen juicio sabe estar siempre en su esfera.

Alguno que jamás ha sabido gobernar su fortuna ni su casa, tiene la estupidez de creerse capaz de gobernar el Estado.

En sociedad, es inútil hacer ostentación de una opinión política, y en extremo intolerante el querer que la adopten los demás.

Solo Dios es infalible: únicamente los imbéciles creen serlo.

La persona dotada de talento, duda de sí misma: la que es necia no duda de nada.

Guardaos de afectar talento en la conversacion: el talento es un atractivo que tiene tanto mas poder, cuanto menos se procura manifestarlo adrede.

En la conversacion, el talento consiste menos en revelar el propio que en procurar que se manifieste el de los demás.

La persona que despues de una conversacion queda contenta de sí misma, está tambien completamente contenta de aquella con quien habló.

Cuando hable una persona, escuchadla con la mayor atención.

Saber escuchar es casi tan indispensable como saber hablar, y en esto se distingue particularmente la persona de buen tono y de buena sociedad.

Nada mas impertinente que interrumpir al que habla, ya para rectificar un error de hechos ó de fecha, ya para auxiliar su memoria.

Cortar á cualquiera la palabra, para concluir una historia bien ó mal comenzada, es una de las mayores groserías.

Cuando alguien habla, es un gran descomedimiento bostezar, tocar el tambor con los dedos sobre algun mueble, hablar al oído de otra persona, sacar una carta del bolsillo y leer, mirar la hora que es, etc.

Cuando la conversacion es general, cada cual toma la palabra oportunamente, y nunca deben hablar dos ó muchas personas á la vez.

No tomeis nunca un tono decisivo ni demasiado animado: vuestro lenguaje debe ser siempre amable y dulce, sin afectación de superioridad.

Poned vuestro lenguaje al alcance de las personas que os escuchan, y, so pena de pedantería, no les habéis sino de cosas que puedan comprender.

A menos que no os lo rueguen, no habéis jamás de vuestras ocupaciones especiales, si no queréis fastidiar á vuestro auditorio.

En una discusión tempestuosa no tomeis parte, á menos que no creais poder dejar acordes á los que contienden.

No hagais nunca que la persona que habla vuelva á empezar, bajo el pretexto de que no habeis oído.

Nada mas inconveniente que preguntas como estas: ¿Qué decia V? Yo no he oído, etc.

Durante una conversacion general, es descortesía el llamar aparte á una persona para hablar en particular.

Aun es mas descortés el escuchar á dos personas que hablan aparte; en este caso, debeis alejaros de ellas sin afectación.

Sed lo mas breve posible en vuestras narraciones, sobre todo cuando se trate de cosas poco importantes: nada de digresiones inútiles.

Tened extremada paciencia para escuchar hasta el fin lo que refieren los ancianos que se complacen en hablar largamente.



Toda persona debe hablar de sí misma lo menos posible, y ni bien ni mal.

Seria necedad que hiciéseis vuestro propio elogio; pero seria mas necio aun, y hasta imprudente, que descubriéseis vuestros propios defectos.

En una conversacion general no aventureis jamás una chanza, por inocente que sea, con uno de vuestros superiores.

Si tolerais que se os elogie, debeis tener la seguridad de que se creará que os gusta la lisonja.

En sociedad no compareis nunca el mérito de dos personas, aunque no esté presente mas que una, porque toda comparacion es ociosa y odiosa.

Por absurda que sea una historia, si la persona que la refiere afirma que es verdadera, no debeis dar signo alguno de incredulidad.

Un signo ó una palabra de incredulidad, en este caso, es un mentís, y un mentís es una grave ofensa.

En fin, absteneos rigurosamente de todo lo que sea mentira, calumnia, maledicencia, y en general de todo cuanto pueda perjudicar á los ausentes.

T.

#### LA HIJA DE LA CARIDAD.

El 25 de marzo de 1654, San Vicente de Paul, tomando lo que el corazon de la muger cristiana tiene de santo amor divino, de abnegacion, de celo y de benevolencia inagotable, formó la hija de la Caridad.

La institucion, confiada á la religiosa solicitud de Luisa de Marillac, fué aprobada por el cardenal de Retz en 1655, autorizada por patentes de Luis XIV en 1657, y confirmada por Clemente IX en 1668. Al principio de su reinado, Napoleon la admitió, como expresan sus palabras, «en el rango de las órdenes útiles, cuya conservacion importa mucho al bien de la humanidad,» y la puso bajo el patronato de su madre y bajo la jurisdiccion del superior general de los Lazaristas.

En su principio las hijas de la Caridad estuvieron «exclusivamente ocupadas en asistir á los pobres enfermos, distribuyéndoles el alimento y los remedios que reclamaban sus dolencias.» Se les encargó tambien la educacion de los niños expósitos, la instruccion de las niñas pobres y el cuidado de los hospitales.

He aquí con qué rasgos tan interesantes y modestos las describe su mismo venerable fundador: «Solo tienen por monasterios las casas de los enfermos; por celda, un cuarto de alquiler; por capilla, la iglesia de la parroquia; por cláustro, las calles de la ciudad ó las salas de los

hospitales; por clausura, la obediencia; por reja, el temor de Dios; por velo, una santa modestia; y sin embargo, se preservan del contagio del vicio, y hacen germinar en todas partes la virtud.»

Despues, se ha mejorado su existencia fisica; sus virtudes, no pudiendo hacer ya mas progresos, han conservado toda la benevolencia y sencillez primitivas.

Para comprender bien los preciosos resultados de tan bella abnegacion, sigamos un instante á la verdadera hija de la Caridad en medio de sus útiles y penosas ocupaciones.

Siendo la madre de familia la mejor educadora de los pueblos, como quiera que la hija de la Caridad adopta los huérfanos y los pobres, se hace la mas solícita dispensadora de los consuelos, del sufrimiento y de los alivios de la miseria.

Ejercita todo su celo en el hogar doméstico, enseñando á los padres á cuidar á sus hijos, y á los hijos á cuidar á sus padres y madres. A su asistencia material agrega la asistencia moral y religiosa que enseña á todos los miembros de la familia á conocer, amar y practicar los deberes mas sagrados de la conciencia y las mejores inspiraciones del corazon; así es que consigue crear en el seno de la familia una atmósfera de regeneracion moral y religiosa, esparciendo en su derredor el perfume de la pureza de su corazon y de su fé.

El santo fundador de esta modesta y benéfica institucion imprimió en la esencia de ella el espíritu de la caridad tan natural y sencilla que siempre le animó. A los que le proponian aumentar los módicos ingresos de su sociedad, aquel digno apóstol de Jesucristo respondia: «Jamás haré nada contra Dios ni contra mi conciencia: la sociedad no dejará de existir por ser pobre; mas temeria su ruina si la pobreza le faltare.»

En 1648 aseguró la suerte de los niños expósitos; siempre se le consideró como el delegado de la Providencia y el protector de los desgraciados. Las virtuosas hijas de quienes él es padre y modelo, siguen muy concienzudamente la senda que les trazó.

Mirad á esa muger cuyo aspecto religioso es tan sencillo y modesto: ¡cuánta paz en su dulce y simpático semblante! No es alegría mundana ni fútil jovialidad lo que expresa su imperceptible sonrisa; ¡es la beatitud celestial, es el reflejo puro y sincero de los sinceros y puros sentimientos de su alma!...

Observad el sencillo crucifijo de madera que lleva pendiente del símbolo de la oracion: ¡es todo su bien, toda su fortuna!.... Y sin embargo nada le falta, vé colmados sus votos: ¡en esa modesta cruz se fundan todos sus deseos y todas sus esperanzas!....

Considerad con qué resolucion se adelanta para alcanzar un fin que la preocupa y la atrae: no es la ligera precipitacion de la muger del mundo, que vuela al placer,



¡es la presteza formal de la muger cristiana que se dirige con firme voluntad y con santa resignacion al cumplimiento de su admirable, de su penoso ministerio!.... ¡Vá á llamar, unas veces por deber, á la puerta de la opulencia; con mas frecuencia, por celo, por fuerte inclinacion, y, lo diremos, por una loable y caritativa preferencia, á la puerta de la desnudez y la miseria!.... Pero cuantas veces la veais llegar á uno ú otro de estos lugares, podeis decir, sin temor de equivocaros: ¡alli hay penas que consolar, infortunios que socorrer, llagas que cicatrizar!....

Contemplad los sentimientos que su presencia despierta en la familia: el enfermo sonríe y adquiere ánimo; los parientes y amigos recobran una dulce y apacible seguridad. Cuando despues de los cuidados inteligentes, activos y afectuosos del dia, vienen los embarazos, las inquietudes y las crueles perplejidades de la noche, cuando la hermana cerca de su hermana, la hija cerca de su padre, la madre cerca de su hijo, rendidos de fatiga y de sueño se ven obligados á perder de vista un instante á seres tan queridos, y aun en circunstancias muy á menudo mas dificiles, ¡todos estos afectos tan verdaderos, tan sólidos, tan profundos, se duermen en la fé de la que vela!.... ¡Ah! ¡es porque, bien lo veis, la hija de la Caridad lleva en su corazon todos los sentimientos tan generosos y tan puros de una hermana, de una hija y de una madre!

T

## LOS PRIMEROS PLACERES Y DOLORES

### DEL AMOR MATERNAL.

El éxtasis de la primera mirada que una madre dirige al tierno sér tan misteriosamente creado en ella misma, y que tan sábiamente ha confiado á su entrañable amor la Providencia; su inocente sorpresa, su religiosa emocion ante tan maravillosa realidad, es un hecho que se ofrece diariamente á nuestros ojos, pero que no es fácil de pintar.

Hay espectadores alrededor de la cuna, y no obstante la escena es solitaria entre *ella* y *él*, que son la misma persona.

Ella lo mira temblorosa: de ella á él y de él á ella una irradiacion eléctrica los deslumbra y los confunde al uno con el otro: madre é hijo son una misma cosa en esta luz que les restablece su primitiva y natural unidad.

Si ella no tiene ya la dicha de llevarlo palpitante en el fondo de su seno, experimenta, en cambio, el encanto de tenerlo bajo su ávida mirada.

Inclinada hácia él, se siente estremecida de gozo, y, por jóven é inocente que sea, revela con los signos mas

naturales su placer de asimilarse por el amor el precioso fruto de ella misma.

Antes, él se alimentaba en ella; ahora, ella se alimenta de él, lo absorbe, *se lo bebe y se lo come*.

¡Delicioso cambio de vida! el niño la dá y la recibe, absorbiendo á su madre á su vez, como leche, como calor y luz.

No es este un vano espectáculo de sensibilidad, no es una simple sensualidad del corazon y de los ojos, nó: es un acto de fé, es la base de la educacion sobre la cual se vá á fundar todo el desarrollo de la vida humana.

Nace el niño tan débil, tan delicado, que no podria desarrollarse en toda la extension de su sér, si no encontrase en su madre la maravillosa idolatría que casi la diviniza, que la hace capaz de inmolarse por él.

Este amor se manifiesta con toda su admirable abnegacion en la madre de naturaleza delicada, que por amamantar á su niño quiere hacer mas de lo que puede. No es que su seno carezca de leche, puesto que su bella plenitud brinda al tierno sér que alimenta; pero es tan endeble la generosa madre, que no se comprende cómo, sino á expensas de su propia vida, conservará su bello manantial.

Aun en la mas extrema pobreza, y muy mal alimentada, la madre suele amamantar largo tiempo á su niño. Y cuanto mas conocimiento adquiere él, mas dulce la encuentra, menos quiere renunciarla. Ella se siente cada dia mas débil, y vé que se consume; pero seguirá mientras tenga una gota: se aniquila, y sin embargo morirá porque no lllore su niño.

Y por debilitada que se sienta, no dando ya su superflua sino su mas necesaria sustancia, no por eso sonríe y acaricia menos á su prenda idolatrada, y le dice con pasion: «¡Toma, hijo mio! ¡toma mi vida!»

Pero sea que la criatura, con inocente avidez, haya lastimado el bello seno, sea que la fuerte succion resienta las fibras interiores, la madre sufre; pero no le importa, y dice aun: «¡Goza, alma mia! ¡toma mi dolor!»

Y sin embargo, la leche que sube, hincha y extiende el seno, sale y corre á su placer; calla el dolor, cediendo á un dulce entorpecimiento que no carece de encanto; experimenta la madre un extraño y profundo sacudimiento hasta en los manantiales de su sér, y dice: «¡Toma, vida mia! ¡toma mi placer!»

En reciprocidad, el niño, conociéndola ya y amándola, tiene su vida fisica y su infantil corazon en su madre. Verdad es que, en la inocencia de su edad, no está estimulado su amor, como el de su madre, por todas las flechas de los placeres y dolores; pero, si pudiese hablar, diria: Tú sola eres mi bien: nada hay en mí que no venga de tí, y que no quiera ir á tí... ¡No sé si vivo, pero amo!

T.



JULIA.

(Continuacion.)

V.

Julia está ya peinada y hermosa como un querubín. Sus largos cabellos rubios recogidos en trenzas alrededor de su rostro, realzan su natural hermosura.

Su doncella Luisa acaba de colocar sobre la cama un vestido de tafetan color de ceniza, dos enaguas que parecen de pergamino blanco, según están de tiesas, una crinolina con mas aros que un barril de manteca de Hamburgo y un lujoso corsé á la perezosa, cuyas mil ballenas, garruchas y planchas de acero le convierten en un instrumento de tortura, digno de figurar entre las máquinas de la antigua Inquisición.

Permitidme, lectoras mías, una sola pregunta á propósito de ese infernal mecanismo, y prometo escribir dos capítulos sin dirigiros la palabra.

—¿Quereis explicarme para qué os sirve ese aparato *prensa-costillas*, que vosotras llamais impropriamente *corsé*?

—¡Vaya una pregunta original! ¿Para qué ha de servir el corsé mas que para ajustar el talle?

—Pero muchas de vosotras, hijas de mi alma, teneis un talle de avispa, como dicen los poetas, un talle delgado y flexible como un junco, y precisamente el de Julia es de aquellos que un niño puede abarcar entre sus manos; ¿por qué ceñir la cintura con esa endiablada armazón, cuando para ser esbeltas y elegantes no teneis necesidad de ningún artificio?

—Porque la que tiene buen cuerpo desea tenerle mejor.

—Es un deseo muy natural; pero ¿qué entendeis vosotras por buen cuerpo?

—¡Tómal Tener una cinturita muy delgada.

—Entonces convendreis conmigo en que la Venus de Fidias y todas las esculturas del arte griego, que hasta hoy habian pasado por modelos de belleza clásica, tienen cuerpos horriblemente feos. A ninguna de ellas le podria servir el mas ancho de vuestros *corsés*.

—¡Pues ya se vé que los tienen! Todas esas estatuas antiguas parecen hechas por el modelo de una Maritornes. O las mugeres de aquel tiempo no se *encorselaban*, ó en el taller del señor Fidias no entraron mas que aldeanas y palurdas.

—Concedido, hijas mías, por eso no hemos de reñir; pero, aun suponiendo que la belleza consista en una cintura microscópica, ¿por qué razon ha de meter sus pulmones en prensa la que naturalmente la tiene? ¿Cuánto mejor y mas holgadas no estaríais con un sencillo corpiño?

—¡Eso es! ¡Nos pondríamos un corpiño, como si fué-

ramos aldeanas ó amas de crial! ¡No hay duda que estaríamos elegantes!

—Una palabra, y quedo convencido. Hay quien asegura que la constante presión de esa máquina es altamente perjudicial á ciertos órganos esenciales á la vida, y que no es el primer caso de muertes prematuras ocasionadas por el abuso del *corsé*: ¿no teméis, queridas lectoras, que vuestra salud se altere y que pueda costaros cara la exigüidad de vuestro talle?

—Nosotras no creemos que nadie se muera por apretarse un poco; eso no pasa de ser una vulgaridad inventada por algún marido mezquino. Además, aun cuando así fuese, el *corsé* está de moda, y algo se ha de sacrificar por andar á la moda. Una muger sin corsé no es mas que una muger.

—¿Y con él?

—Una señora, ó una señorita, según su estado.

—Gracias por vuestra complacencia, lectoras mías: esa definición me servirá de piedra de toque en mis futuras peregrinaciones sociales.

Luisa está de pié frente á su ama, esperando á que esta se levante para quitarla el peinador y empezar á vestirla.

Permanecer por mas tiempo en el gabinete de Julia, seria cometer una indiscreción imperdonable.

Dejémosla, pues, que se vista con entera libertad, y entremos en la pieza contigua, desde la cual podremos oír lo que hable con su doncella.

Esta habitación, como veis, forma un completo contraste con el dormitorio de Julia.

Aquí no hay alfombras, ni butacas, ni pieles de tigre, ni camas de palo de rosa, ni tampoco ese indefinible y exquisito perfume que se respira en la alcoba de una mujer jóven y elegante.

Aquí la sencillez es mas espartana, como lo acreditan ese catre de tijera, ese palanganero de hierro pintado de verde, esa mesa de noche ennegrecida por el tiempo, esa palmatoria de metal amarillo, ese largo escaparate de pino de Flandes y esa cómoda de cedro con tiradores barnizados.

Si las sábanas del catre estuvieran un poco mas sucias; si entre las barandillas de ese escritorio viéramos algunos volúmenes del *Derecho romano* ó de las *Leyes de partida*, en lugar de esas muestras de azúcar y de esos cajones de cigarros, cualquiera creeria estar en el chiribitil de un estudiante de jurisprudencia.

Pero á don Crisanto, en cuya alcoba nos encontramos, no le gusta el lujo sino en las habitaciones de su hija: los sencillos muebles que decoran su dormitorio y su despacho le parecen todavia demasiado ricos para un alumno de Mercurio.

¿Qué le importan á él todos esos refinamientos de la



industria moderna, que son el encanto de los sibaritas?

Con un sillón de baqueta, una mesa de roble, un tintero de barro, un atril para el *mayor*, un estante para la correspondencia y una cama donde reposar algunas horas, tiene cuanto le hace falta para atender á las necesidades de su comercio.

Lo demás, como él dice, es un lujo completamente inútil, un capital amortizado que no rinde ningun beneficio.

Un solo mueble moderno ha merecido el honor de que don Crisanto le admita en sus dominios, á pesar de su procedencia extranjera y de su elevado precio.

Casi creo inútil decir que es una hermosa caja de hierro, hecha á prueba de ladrones.

Don Crisanto ha reconocido que es mucho mas cómoda y mas segura que el antiguo arcon de madera, en el cual encerraba antes el numerario.

Pero escuchemos; ¿no son las de Luisa y Julia esas dos voces femeninas que llegan hasta nosotros á través de la puerta?

—¡Por Dios, señorita! ¡Que todavía está por arreglar el cuarto del señor!

—No te apures; ya sabes que papá nunca vuelve á entrar en su cuarto hasta la hora de acostarse.

—Pero, ¡mire V. que ya han dado las doce y media, y que vá á subir á comer!

—¡Bueno! ¡Si no se come á la una, se comerá á las dos!

—¿Y quién le oye despues? ¡El, que es tan metódico y tan....

—Déjale, yo le convenceré poco á poco de que eso de comer á la una, como los albañiles, es una antigualla propia de una aldea.

—Me parece, señorita, que perderá V. el tiempo. Muy acostumbrado está ya el señor, para que sea fácil hacerle cambiar de sistema.

—Sí, pero papá no me niega nada... Mira, Luisa, este vestido me hace en la espalda una arruga horrible... Quitámelo, para llevárselo á la costurera, y ponme otro.

—¿Una arruga?... ¡Pero si no hay tal arruga, señorita! ¡Si le está á V., que ni pintado!

—¿Que nó, dices? ¡Hija, se necesita estar ciega! Pues ¿y este buche que me sale aquí?

—Eso es porque V. se inclina hácia atrás, y porque el *corsé* está un poco apretado...

—¡Vamos, no sabes lo que te dices! Esto es porque el vestido está muy mal hecho, y porque esa modista no sabe lo que trae entre manos. ¡Quitámelo, quitámelo! ¡Yo no salgo á la calle con este adefesio!

—Pero mire V...

—¡Luisa! ¡Te prohibo que seas impertinente y respondona! Cuando yo te digo que tiene una arruga, la tiene, y asunto concluido.

—¡Adelante, señorita! ¿Cuál quiere V. ponerse? ¿El de tafetan á cuadros?

—Nó, porque ya sabes que tiene un defecto en la falda.

—¿El chinesco de seda?...

—¿Estás loca? ¿Un vestido como ese con este calor?

—Entonces, como no se ponga V. el de barés negro...

—¡Me lo pondré, porque no tengo otro!

—¡Que ofende V. á Dios, señorita! ¡Pues si tiene V. veinte y siete!

—Sí, pero la mayor parte son de invierno, y los demás están ya antiguos ó defectuosos. Cuando venga hoy la modista recuérdame que la encargue media docena.

Al pasar por delante del mirador para abrir el ropero, Luisa echó una mirada hácia el muelle, y se detuvo exclamando:

—¡Ave María purísima, y qué facha! ¿Quién será aquel melenudo espantajo que está allí enfrente, clavado como un poste? ¡Como soy Luisa, que se parece al Judas que tirotean los mozos de mi pueblo el sábado santo! ¡Señorita, asómese V!

Pero Julia no necesitaba que la llamasen. Al oír el adjetivo *melenudo*, habia corrido precipitadamente al mirador, llevándose la mano al pecho.

Al echar una mirada por las entreabiertas cortinas, sus mejillas se enrojecieron, y tuvo que apoyarse en el hombro de su doncella.

—¡No tiene sino un aire muy distinguido! murmuró con voz apagada.

Luisa la miró, y notando la turbacion de su ama, conoció en seguida que habia cometido una torpeza.

—Pero, señorita, continuó, ¿será posible que sea ese el...

—Sí, y en calificarle de la manera que lo has hecho se conoce que tienes muy mal gusto, Luisa.

—¿Qué gusto quiere V. que tenga una pobre aldeana? ¡Que Dios no me perdone si no me pareció un cómico de la legua!

—¿Un cómico? Y aun suponiendo que lo fuese, ¿acaso los cómicos no son hombres como los demás?

—Yo no lo sé; pero lo que es la hija de mi madre no se casaba con un cómico.

—¡Pobre Luisa! ¿Tambien tú estás imbuida en esas preocupaciones de clase? ¿Tambien tú crees que hay profesiones deshonrosas?

—Yo no creo mas que lo que dice el cura de mi pueblo... ¿Conoce V. al cura de mi pueblo, señorita?

—Sí; ¿no fué el que estuvo aquí el año pasado á cobrar una letra, y á quien papá convidó á comer?

—Justamente. Pues bien, ese buen señor, que á pesar de su sotana raída es un pozo de ciencia, dice que la mayor parte de los que suben á las tablas son unos solemnes holgazanes, que se dedican á ese oficio por no tirar



de un azadon; y si no, pregúnteselo V. á don Crisanto.

—¡A buena parte vas! Mi padre aborrece el teatro, y opinaria lo mismo que el cura de tu pueblo. Pero, te lo repito, Luisa, esas no pasan de ser preocupaciones ton-tas que rechaza el espíritu de nuestro siglo. Sea ó nó cómico, mira la frente de ese hombre... ¿No te dice nada esa frente, donde brilla la luz del genio? ¿No te dice nada esa fisonomía que revela un corazon martirizado por los dolores?

—¡Ni una palabra, señorita!

—¡Oh! ¡Estoy segura de que ese hombre ha sufrido mucho, y eso basta para que le ame con todo mi co-razon!

—¿Quiere V. que la diga una cosa? Nó, que luego vá V. á enfadarse.

—¡Dila, yo te lo mando!

—¡Que tiene cara de no haber comido en tres dias, segun está de amarillo y flacucho!

—¡Otra preocupacion! ¡Para ustedes, en no teniendo mo-fletes colorados como un tomate, no hay fisonomía dis-tinguida posible!

—V. dirá lo que quiera, señorita; pero yo en su lu-gar le encajaba unas soberanas calabazas. ¡Cuánto mas vale su primo de V!

—¿Quién?

—El capitan de la *Armida*.

—¿Santiago?

—Sí, señora, el mismo.

—¡Por el amor de Dios, muger, no digas disparates! ¡Con aquella barbaza negra, aquel vocejon de chanfre y aquellas manos, que parece un osol.. ¡Y luego con un olor á brea que trasciende á cincuenta pasos!

¡Vamos, decididamente no tienes gusto, Luisa!

—Bueno, corriente, no le tendré; pero eso no quita para que el señorito Santiago sea un hombre completo.

—Santiago es un tipo vulgar, un hombre tosco, que ni siquiera sabe hacer un saludo. Hasta su nombre es pro-sáico y machacon... ¡Santiago!.. Se conoce que no tie-nen nervios, cuando no se te crisan al pronunciarle.

—Será todo lo que V. quiera; pero lo cierto es que desde el piloto hasta el grumete de la *Armida* le adoran, que serian capaces de tirarse por él desde tope del palo mayor á cubierta, y que á su padre de V. se le cae la baba cuando le oye hablar. ¡Y luego la quiere á V. tan-to, señorita! ¿Por qué tiene V. esa prevencion contra él?

—No es prevencion; es que Santiago no me gusta.

—¡Pobrecillo! Lo primero que hace en cuanto pone el pié en tierra, es venir como un cohete á dar un abrazo á su prima y á decirle que la trae algun regalo. Aunque no fuera mas que por eso debia V. quererle, y no á ese...

—¡Luisa! Eres una habladora incorregible, y acabarás por hacerme perder la paciencia. ¡Si has de seguir po-

niendo en las nubes á tu señorito Santiago, ya te puedes marchar allá dentro!

—¡No se enfade V. conmigo, señorita! Yo soy una po-bre palurda que no sabe muchas veces lo que dice...

—¡Me alegro que lo conozcas!

—Pero siempre concluyo por hacer lo que V. me manda.

—Pues te mando que no vuelvas á mentarme á mi primo.

—Corriente.

—Que no digas á papá una palabra respecto á *ese ca-ballero*.

—Bien, no diré esta boca es mia.

—Que te pongas al mirador para que te conozca...

—¿Y qué mas?

—Y que bajes á la puerta, sin que te vean los depen-dientes del escritorio, porque se me figura que tiene una carta en la mano.

—¡Pero señorita!..

—Haz lo que digo, ó mañana te mando á Trasmiera.

Luisa acabó de vestir á Julia, y obedeció punto por punto cuanto esta la habia ordenado.

Cuando el desconocido la vió en la calle, despues de haberla visto en el mirador, salvó la distancia que le se-paraba de la puerta y la entregó un billete color de rosa y un napoleon. «¡Para tu ama, y para tí!» la dijo. Y se alejó con direccion al café suizo.

Todavía se hallaba Luisa en el primer tramo de la es-calera, cuando resonó en los corredores la voz de don Crisanto:

—¡Luisa! ¡Luisa! gritaba: ¿está ya la sopa?

(Se continuará.)

## EL OTOÑO.

El sol poniente dora las almenadas techumbres de los antiguos palacios; la brisa de la tarde se deja sentir bajo las sombras de los árboles que el sol de Otoño comienza á matizar con severos colores, y una gran señora manda enganchar su carruaje para que la conduzca suavemente sobre el mullido césped de las avenidas á una hermosa quinta, mientras que sus hijos se inclinan á coger al paso las ramas pendientes de los árboles, y su jóven hija galopa á la portezuela del carruaje.

La señora fué la primera que á lo lejos percibió la casa, donde los perros ladraban entre las ramas. Señora y niños echaron inmediatamente pié á tierra, y por un camino transversal vinieron todos á reunirse con el caza-dor, que miraba tranquilo á sus piés la caza que habia muerto.

El niño la examina con gran admiracion y asombro, y



la madre escucha, sonríe y le cuenta todas las proezas de caza de su marido.

¡Tranquila y dichosa vida en que el tiempo no es mas que una tregua dada al placer, en que la necesidad no está siempre apremiándonos como un cochero importuno que nos estrecha á partir! ¡Aquí las horas se deslizan tranquilas entregadas á dulces fantasías! ¡No se pide al árbol mas que su sombra, al riachuelo mas que su murmullo y á la campiña mas que sus perfumes! El caballo que lleva á la amazona, el perro que se abre paso entre las breñas, la escopeta que brilla en manos del caballero, no son instrumentos de lucro, sino de diversion. Los mismos criados parecen cadenas doradas, cuyos eslabones llegan á los piés. La existencia se reanima en este bello parque recostado en una colina, donde el esmerado cultivo ha hecho desaparecer las arenas que fatigaban la vista y las escabrosidades que obstruían el camino.

¡Llegad aquí, vosotros los favorecidos de la tierra! Entregaos libremente á vuestra opulencia y gozad en plena alegría. Pero no olvideis que mientras tendéis una mano negligente, otros hijos de Dios fecundan los campos con el sudor de su rostro. ¡Cerca de la amazona que gusta de hendir la brisa, de la señora que se recuesta tranquilamente sobre un mullido asiento y del cazador enorgullecido con su presa, pasan los vendimiadores cargados de racimos; porque la vida es una incesante tarea, y el tiempo una rueda que no deja de moverse!

¡Estos son los placeres del mundo! ¡Estos dos grupos reasúmen la historia terrestre! Me parece que de en medio de esta escena se eleva un coro, dividido como los antiguos en dos cantos que se reproducen. Ahora resuena el canto del trabajo:

«Bendito sea el que nos ha dado la tierra para cultivarla y recoger sus frutos.»

«Su creacion es un granero de abundancia de que nos ha hecho guardianes.»

«El es quien nos prepara el pan y llena nuestras copas. El oleaje de la vida, entretenido por nuestros esfuerzos, se extiende por todo el mundo.»

«Y en pago de nuestras fatigas nos ha dado el aire libre de los campos, el trabajo que ameniza la vida y la salud que la hace feliz.»

El segundo canto responde:

«¡Bendito sea el que nos ha concedido los espacios en que el espíritu se eleva y el alma se esclarece! porque gracias á él, podemos ser el sosten del pobre y los educadores de los ignorantes.»

«Dios nos ha dispensado la riqueza como un depósito de que le hemos de rendir cuenta: nos ha hecho repartidores de sus beneficios y agentes visibles de su providencia.»

«Si nos manda los días exentos de trabajos; si nos aligera el peso de las necesidades; y si nos preserva de los

horrores de la miseria, es porque ha querido que nuestras manos estuviesen siempre libres para tenderse á la debilidad, nuestras fuerzas fuesen bastante poderosas para emplearse en apoyo de los demás, y nuestro corazón bastante amoroso para consolarlos.»

«¡Venid, venid, vosotros todos los que sufrís, los que no sabéis y los que estais fatigados!»

Los dos cantos se confunden para repetirse juntos, y dicen:

¡Con el sayal y la seda, bajo el sombrero de terciopelo y el sencillo tocado de aldeana, seamos fieles á la misión que Dios nos ha confiado y acordémonos de que nos ha dicho: *¡Amaos los unos á los otros!*

T. y R.

### MÁXIMAS DE ECONOMÍA.

—Arreglar su gasto á su renta, es sabiduría; gastar toda su renta, es imprudencia; gastar mas de su renta, es locura.

—La economía es virtud en la pobreza, sabiduría en la medianía y vicio en la opulencia.

—Si quereis llegar á ser ricos, que vuestras economías sean iguales á vuestros gastos.

—Si comprais lo supérfluo, pronto vendereis lo necesario.

—Es una locura emplear el dinero en comprar un arrepentimiento.

—El dinero es un buen criado y un mal amo.

—El rico que es avaro, es mas pobre que el pobre que es liberal.

—El dinero es como el estiércol, que no aprovecha sino cuando está esparcido.

—La economía es el manantial de la independencia y de la liberalidad.

—Pensad en lo que haceis cuando contraeis deudas: daís á otro cierto derecho sobre vuestra libertad.

—Los acreedores tienen mejor memoria que los deudores.

—El que toma á préstamo es esclavo del prestamista, y el deudor del acreedor: mirad con horror esta cadena; conservad vuestra libertad, mantened vuestra independencia; sed laboriosos, económicos y libres.

—Ahorrad para el tiempo de la vejez y de la necesidad, mientras que podais: el sol de la mañana no dura todo el día.

—La ganancia es incierta y pasajera; pero el gasto será toda vuestra vida continuo y seguro.

—La prodigalidad engendra la necesidad.

—Cuanto mas crasa es la cocina, mas magro es el testamento.

—Si quereis ser rico, no aprendais solamente cómo se gana, sino tambien cómo se distribuye.

—Tened siempre prevencion contra los gastos pequeños.

—El suplicio del avaro seria ver el uso que hacen de sus bienes sus herederos.

—La vida del avaro es una comedia, de la cual solo se aplaude la esena final.

—Los avaros amontonan para hacer reir á sus herederos.

—Quien no hace el bien en la prosperidad, sufre mas en la desgracia.



## ASEO Y LIMPIEZA DE LA CASA.

Debemos poner un especial cuidado en que la casa que habitamos, sus muebles y todos los demás objetos que haya en ella, permanezcan siempre en un estado de perfecta limpieza.

Este cuidado no debe dirigirse solamente á las habitaciones que mas usamos: es necesario que se extienda á todo el edificio, sin exceptuar ninguna de sus partes, desde la puerta exterior hasta aquellos sitios menos frecuentados y que están menos á la vista de los extraños.

La entrada de la casa, los corredores y el patio principal son lugares que están á la vista de todo el que llega, y debemos inspeccionarlos constantemente, á fin de impedir que en ningún momento estén desaseados. Como generalmente se juzga de las cosas por su exterioridad, un ligero descuido en cualquiera de estos lugares seria bastante para que se formase una idea desventajosa del estado de limpieza de las habitaciones interiores, por muy aseadas que estuviesen.

La limpieza del piso contribuye mucho al lucimiento de los edificios, á la conservacion de los muebles y á ahuyentar los insectos y reptiles, cuya presencia es casi siempre un signo de suciedad y de incuria. Deben, pues, conservarse los suelos perfectamente aseados, cuidando de que en ellos no aparezcan nunca esputos, sin exceptuar para esto los patios y la cocina.

En el patio principal no se debe arrojar agua, aunque sea limpia, porque todo lo que interrumpe el color general del piso, lo desluce y hace mala impresion á la vista. Las personas poco cuidadosas del aseo suelen arrojar á los patios el agua con que se lavan, y aun otros líquidos corruptibles ó saturados de diversas sustancias colorantes, los cuales, á mas de dejar duraderas manchas, producen mal olor, y en su evaporacion obran contra la salud.

No hay ninguna habitacion, ningún lugar de la casa que no reclame nuestros mas exquisitos cuidados en materia de aseo y limpieza; pero consideremos que si una pequeña falta puede alguna vez ser excusable en la parte interior, jamás lo será en la sala ni en las demás piezas de recibimiento. Una mancha en nuestros vestidos tomada en un asiento, podrá ser imputada á nuestros sirvientes; en los vestidos de una persona extraña, nos será siempre, y con razon, imputada á nosotras.

El aseo en las habitaciones no debe limitarse á los suelos y á los muebles: es necesario que los techos, las paredes, las puertas, las ventanas y todas las demás partes del edificio permanezcan en estado de perenne limpieza.

En cuanto á los dormitorios y demás aposentos interiores, cuidemos además de que en ellos corra el aire libre en todas las horas en que la necesidad no nos obligue á mantenerlos cerrados. Esta regla de aseo es al mismo

tiempo una prescripcion higiénica, por cuanto la ventilacion de los aposentos contribuye en gran manera á la conservacion de la salud. Nada debe sernos mas desagradable en este particular que el que un médico, ó cualquiera otra persona á quien debemos dar entrada en ellos, tenga que pasar por el disgusto de echar de menos un ambiente puro.

Por eso al levantarnos, cuando nuestro dormitorio se encuentre impregnado de las exhalaciones de los cuerpos durante la noche, sin que hayan podido disiparse por la renovacion del aire, debemos apresurarnos á abrir puertas y ventanas, previas las precauciones necesarias á la salud, y tan luego como nos hayamos vestido.

No tengamos ni un instante en nuestro aposento ningún objeto que pueda producir olor desagradable. El calzado inútil, la ropa destinada ya al lavado, las aguas que han servido para nuestro aseo, etc., etc., vician la atmósfera y producen olores que tan mal se avienen con la decencia y el decoro, como con las reglas higiénicas.

La ropa de nuestra cama debe estar siempre limpia: nuestras circunstancias particulares nos indicarán siempre los periodos ordinarios en que debemos mudarla; pero jamás esperemos á hacerlo obligadas por su estado de suciedad.

La cocina es la pieza en que lucen muy especialmente el buen orden y las costumbres cultas de una familia. Por lo mismo que en ella se ejecutan tantas operaciones, que pueden fácilmente y á cada paso rebajar el aseo, es mayor la vigilancia que exige de las personas que dirigen la casa: es inconcebible cómo el lugar destinado á preparar los alimentos, se descuide á veces hasta el punto de que su aspecto produzca fuertes sensaciones de asco.

Tampoco están exceptuados del orden y el aseo el corral y las caballerizas. Cuando estos lugares están llenos de basura y otras inmundicias, y sus paredes manchadas y deterioradas, difícil es que en el resto de la casa se encuentren observadas las reglas aquí establecidas.

La cria de animales que no nos trae una utilidad reconocida, á mas de ser generalmente un signo de la frivolidad de nuestro carácter, es un gérmen de desaseo, al cual tenemos que oponer un constante cuidado, que bien pudiéramos aplicar á objetos mas importantes y mas dignos de ocupar la atencion y el tiempo de las personas civilizadas.

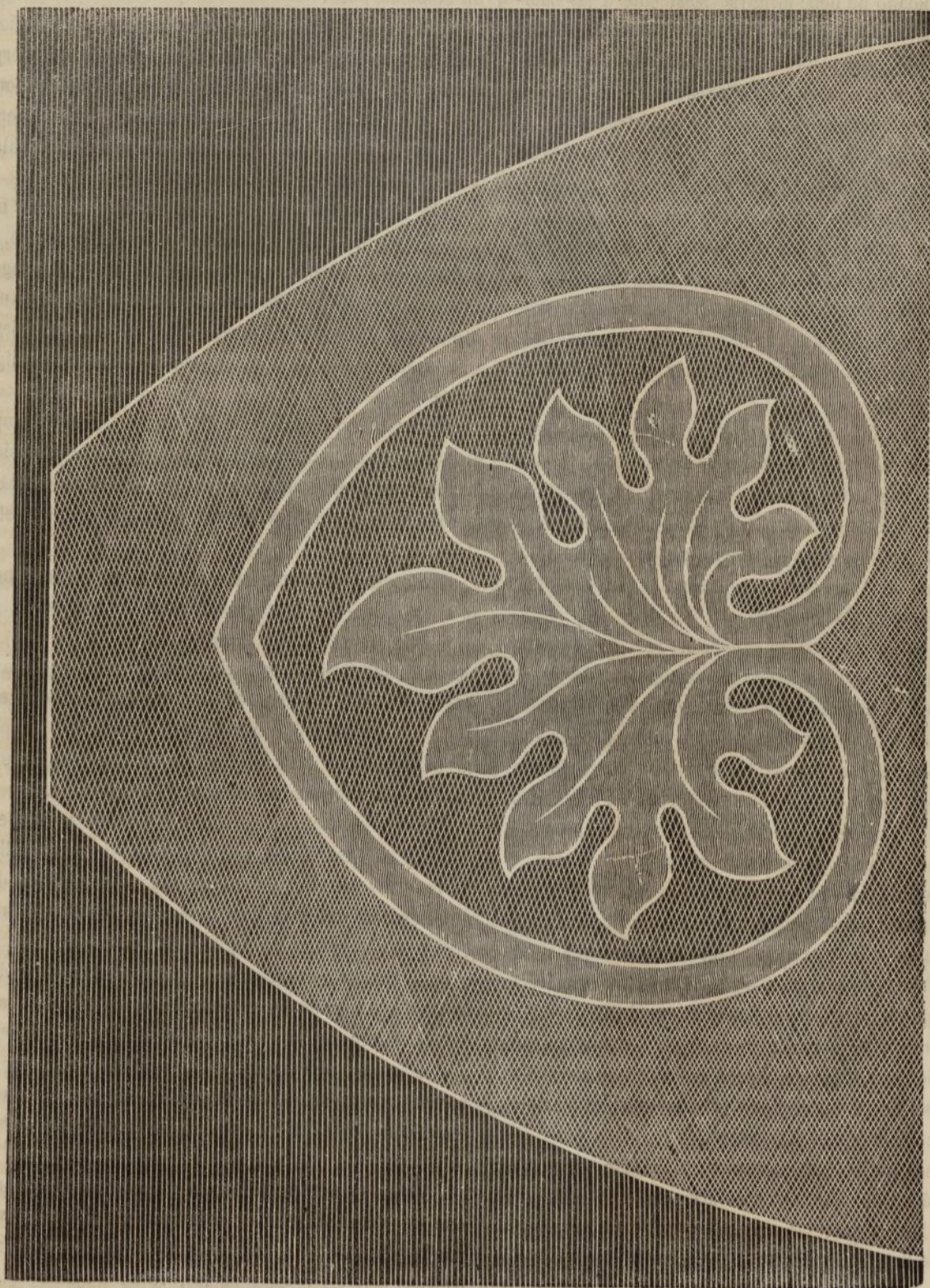
Nada es por otra parte mas incivil que el exponer á una visita á ser invadida por las caricias y retozos y aun por la cólera de un animal, y á que haya de salir de nuestra casa con sus vestidos sucios, rotos ó ajados, y acaso con una mordedura ú otro accidente de este género que quebrante su salud. Cuando la necesidad nos obligue á conservar un animal, tengámosle en un lugar apartado de la vista de las personas que nos visitan.



La puntual observancia de estas reglas, nos librará de incurrir en la falta, altamente inexcusable, de dejar asquerosa y deteriorada la casa que se nos ha confiado, como lo hacen las personas mal educadas y que tienen la desgracia de ignorar todo lo que deben á la decencia y á su propio decoro.

Si hemos vivido como personas finas y delicadas, las que entren á habitar la casa que desocupamos, no necesitarán asearla; y si hubiesen de repararla, no será por cierto á consecuencia de daños que hayamos causado.

E.



CHINELAS Ó ZAPATILLAS DE PAÑO.

Este dibujo, que lleva el sello de una elegante sencillez, es decir, que es de buen gusto sin ser cargado, puede aplicarse igualmente á unas zapatillas de hombre, que para calzado á la negligée de una señora elegante.

El modelo tiene ó representa un fondo negro, que será de paño muy fino. El dibujo en terciopelo de seda rojo subido. Se ejecutará como el grabado lo indica, guarneciéndolo todo alrededor de un cordoncillo de oro.



De este dibujo se puede conseguir todo el efecto de que sea susceptible, siguiendo ó haciendo cualquiera otra combinacion, pero observando las leyes de la armonía, que no deben despreciarse en ningun trabajo de buen gusto.

C.



MODAS.

Maravillosas son las creaciones de la moda: cuando parece que la imaginacion fatigada se rinde ante las exigencias que en tropel acuden para arrancarle nuevos y

mas brillantes objetos con que satisfacer el buen tono y las conveniencias de la elegancia, se muestra mas vigorosa y fecunda en novedades y combinaciones, que arrebatan, hasta por su belleza artistica. Esto acontece mas ordinariamente al fijar el carácter de la moda á la entrada de una estacion, en la que las modificaciones sucesivas no alteran por cierto tiempo impuesto y aceptado como rigurosa ley. La pluma mas concienzuda y certera no será capaz de seguir y explicar de una vez todo lo maravilloso y fantástico que el buen gusto ha reunido en los tipos diferentes que han de brillar en los lujosos salones de la alta sociedad y los recreativos paseos del pueblo madrileño en la temporada de invierno, y de que daremos sucesivamente cuenta á nuestras elegantes lectoras; pero á pesar de esto, ensayaremos hoy el medio de cumplir de la manera mejor posible nuestro compromiso, reuniendo en nuestra revista cuanto de mas importante y característico hay en los trajes que empiezan á ser como de rigor en el mundo elegante.

Los tocados preferidos para bailes y *soirées* en este invierno, son de una novedad admirable en sus caprichosos contornos, fantásticos bucles, bandós, cocas y rizados; debiendo advertir que en todos ellos hay una tendencia al rizado y bandós vueltos. Los de flores afectan formas diversas; y tanto de unos como de otros, vamos á indicar los mas notables. Bandós levantados, gran coca rizada con trenzas por encima. Peinado liso levantado con tres cocas atrás; tocado entre flores de estramaneo. Rizado á la *Sevigné*; lazo de cocas rizadas; tocado de tul y blonda, con flores de terciopelo. Rulós vueltos, lazo de cocas rizadas, acompañado de rizos ó bucles, dos á un lado y uno al otro: tocado de rosas. Gran trenza de los lados hasta atrás y rizos á grandes bucles: lazo de terciopelo azul en lo alto de la cabeza, con cuatro cabos hácia atrás.

En los adornos de los sombreros se advierte gran profusion de flores, hojas y yerbas salpicadas de polvos de acero: las flores de la capuchina en terciopelo son las mas de moda. En los sombreros predominan sobre todos los colores tres tonos ó matices amarillos de la capuchina, de los cuales la moda ha creado un color, á que ha impuesto el nombre magestuoso de Vesubio. Se emplea solo ó de dos tonos mezclados, porque todo lo que procede del amarillo, desde el paja hasta el marron, goza en la actualidad un favor extraordinario. Los que hasta ahora se aceptan mas, son: sombrero de terciopelo Vesubio tendido, con lazos de plumas negras encima y debajo. Capota de terciopelo naranja: ala y bavolet forrados de terciopelo amarillo de azufre: plumas de dos colores al lado y claveles de la India debajo. Sombrero de terciopelo negro; ala de tul blanco, ramo de capuchinas cubierto de tul encima y coronas de capuchinas debajo; bavolet de terciopelo negro cubierto de tres bieses de capuchinas de tres matices. Pero en medio de tanta y tan ligera variedad del color amarillo con adornos de capuchinas, se admira un sombrero de fina felpa muy cortada, verde de Azof, flanqueado por un ramo de rosas al lado, encima y debajo; y otro de tafetan blanco picado, con el ala forrada de terciopelo azul Luisa, que vuelve y forma un ancho borde, llevando encima dos lazos de terciopelo azul. Fuerza es repetir que casi todos los sombreros, sea la que quiera su elegancia, alternen con los de tul blanco.

Aun no han aparecido todas las creaciones que han de servir de modelo para los abrigos de invierno, porque la novedad reserva hasta fin de diciembre el uso de este privilegio. Pero á pesar de esto, ya se distinguen, aunque de un alto coste, los redondos y largos de paño Montagnac color violeta puro, alternando con los de tafetan negro rayado de terciopelo, rodeados los primeros de una



greca y los segundos de un rizado de terciopelo, y forrados de cachemir rojo. También se llevan de paño gris, con pelerinas simuladas ó sobrepuestas de lana, que imita las de encaje. El bajo del vestido que hace juego se adorna de una manera adecuada, ó con palmas de trecho en trecho. Se ha dicho que para estos trajes será preferida la basquiña larga. Las mangas no son mas anchas y caídas que las que ya llevan nuestras damas elegantes, pero sí bastante estrechas al codo, imitando la manga de hombre. No son raros pequeños paletós muy cortos, adornados con terciopelo ó pasamanería.

En los vestidos se cuida mucho al principio de la estación fría de sus importantes innovaciones, y hasta hoy no han aparecido las que mas debían llamar la atención. Las mas principales y conocidas son los de cuerpo cerrado por botones con puntas dobles ó de cinturón. En este punto la gran novedad consiste en el cinturón aragonés, que no es otra cosa que el cinturón-corsé, al cual se adaptan por delante dos hermosos cabos bordados. Este bordado es al pasado y le acompaña ó le reemplazan rizados ó encajes negros colocados sobre tafetan blanco. En cuanto á las mangas se advierten unas casi lisas, casi anchas, con jockeys cortados arriba con vueltas en el bajo y alto: otras son bastante anchas hasta la sangría para dejar paso al bouillon, adornadas de botones á un lado: también las hay hendidas en toda la longitud del brazo, encuadrillados por rizados al biés; redondas en el bajo, casi lisas, abiertas hasta el codo, muy anchas y vueltas con frunces en lo alto cogidas á la mitad del brazo con un puño guarnecido; por último, mangas de hombre. En general, todas las lisas se han abandonado.

Siempre redingots de forma princesa, y vestidos adornados en el bajo con mil adornos, hijos del capricho de las modistas, en vez de pequeños volantes. Unos con rizados de uno á tres, de cinco á diez centímetros de ancho: otros con un gran rizado de dos colores sobre la orilla. También los hay de un ancho bullon con cabeza en el bajo de la falda y tres rizados ó un adorno de veinte centímetros de ancho, compuesto de pequeños volantes cortados del ancho de dos dedos cada uno, colocados al biés y sobrepuestos al bullon.

Conserva todo su favor el sobrepuesto y el punto de cadeneta, que le reemplaza muchas veces en los adornos sobre tafetan. Hacen buen efecto también en los vestidos de tafetan marrón dalias de colores subidos, bordadas á punto cadeneta, principalmente con seda blanca; pero esto no es de buen gusto.

Para reasumir y aplicar el carácter de la moda, indicaremos algunos de los trajes mas adoptados.

*Para negligé de mañana.* Vestido Wateau de merino naranja con una tira negra de cachemir bordada á palmas verdes y rojas en el bajo, la cual guarnece también la manga y demás partes del vestido. Gorro redondo de muselina y encaje.

*Negligé interior para diario.* Vestido princesa de popelín gris adornado alrededor y de alto á bajo con una greca de terciopelo negro sobrepuesta.

*Traje de señorita para gran banquete y reunion.* Vestido de tafetan blanco; falda guarnecida de ruloos de tafetan rosa: cinturón rosa con peto y lazo de tafetan del mismo color: pelerina de organdí guarnecida de entredos bordado con transparente de tafetan rosa: mangas semejantes: redcecilla circasiana de terciopelo.

*Traje de calle para negligé.* Vestido y capa redonda de terciopelo mezcla de lana, guarnecidos de una greca de galon sobrepuesta en el bajo de uno y otra: sombrero de terciopelo con adornos de pequeños encajes negros.

*Traje de calle.* Redingote de tafetan negro puntillado ó á flores maiz, abotonado y adornado en el bajo con

un pequeño rizado negro. Paletot de paño ó terciopelo. Sombrero de terciopelo verde esmeralda, ala blanca, plumas negras, y debajo una media corona de siemprevivas verdes.

*Otro id.* Vestido de tafetan pensamiento con tres rizados en el bajo y tiras de terciopelo encima de cada uno. Pardesús de terciopelo con pelerina de encaje. Capota de terciopelo lila: bavolet y ala de blonda, plumas lila y violeta encima y debajo.

Para concluir vamos á permitirnos una indicación provechosa que pueden tomar nuestras lectoras por un consejo; y consiste en que las conviene renunciar al corsé ordinario, al cual sustituye el cinturón con peto ó de corselete, porque la higiene se lo ordena como ley, en atención á que conserva y arregla perfectamente el talle sin comprimir el pecho.

EMILIA R. Y R.

### EXPLICACION

del pliego de dibujos para la edicion completa y suscripcion especial.

Núm. 1. Pañuelo á plumetis y á punto de armas; la orilla guarnecida con un feston hecho á un hilo sencillo. Las líneas rectas que van sobre las arqueadas son á punto de armas, con un finísimo cordoncillo. En el corazon de cada flor se cortará la tela para reemplazarla con un calado hecho á aguja con hilo de Irlanda del núm. 1200. Todo el pañuelo lleva un encaje alrededor.

Núm. 2. Escudo á plumetis para el pañuelo anterior.

Núms. 3 y 4. Cuello y mangas que pueden bordarse á plumetis ó aplicacion. Las rosas á plumetis, rodeadas de un cordoncillo que en la orilla del cuello se reemplaza con un feston á un solo hilo y tan estrecho como sea posible. Si se reproduce este dibujo en aplicacion de *nansouk* sobre tul de Bruselas, podrá hacerse que un cordoncillo rodee las rosas y otro lleve el centro, en el cual se cortará el *nansouk* para dejar descubierto el tul. Puede ejecutarse este cuello de un tercer modo: el bajo á plumetis sobre tul, y el alto con fondo de *nansouk*, tal como está indicado en el dibujo.

Núms. 5 y 6. Gorro de caballero para bordar con trencilla sobre terciopelo ó cachemir.

Núms. 7 y 8. Gorra de señora á plumetis.

Núm. 9. Guarnicion á plumetis y á feston.

Núm. 10. Entredos á trencilla para adornar una falda.

Núm. 11. Escudo á plumetis.

Núm. 12. Guirnalda á realce y plumetis para la punta de un pañuelo.

F. S. C. Pedidas por una suscritora, á realce y punto abierto.

B. E. M. Pedidas también por otra, para bordar en piezas de cama.

C. P. A. Pedidas por otra, para feston.

D. G. M. Pedidas por otra, á realce y plumetis.

C. G. R. Pedidas por otra, por encargo especial.